

1850 Iba muy enfermo y debilitado el P. Francisco García, y en medio de aquel laberinto de veredas que apenas se descubrían ya por las aguas que corrían, se desvió sin que los dos compañeros más cercanos á él lo echasen de menos hasta después de mucho rato. Todo en las circunstancias era peligroso, volverse atrás, internarse en el bosque, seguir adelante sin saber de la suerte del compañero; las sospechas de lo que podía haberle sucedido solo y enfermo como iba, les hacía sufrir más que todas las penalidades del camino; pero Dios les sacó de aquella aflicción enviándoles dos buenos paisanos, caballeros en sendas mulas, los cuales, compadecidos del trabajo y aflicción de los pobres viajeros, les hicieron seguir su camino, comprometiéndose ellos como prácticos en aquellos bosques á no descansar hasta encontrar el compañero perdido. Harto debieron trabajar aquellos buenos hombres y muy grande debió ser la pena de todos los PP. durante muchas horas, porque el P. García con sus dos fieles compañeros no llegaron á la posada hasta la caída de la tarde. Quitada del corazón aquella pena y disimulando los temores de lo que podría sobrevenirles al día siguiente en Panamá, conversaban alegremente en latín, en francés, en italiano, secando sus vestidos en torno de una grande hoguera, y tomando una frugal cena. Pielas de buey tendidas sobre la dura tierra fueron su lecho aquella noche, pero el cansancio y el sueño retrasado se las hizo sentir mullidas y regaladas. La jornada del siguiente día, no por más corta, fué menos difícil y penosa por las lluvias, y los torrentes y pantanos que habían de atravesar. Al llegar cerca de la ciudad dividiéronse en diversos grupos y hablando cada uno diversa lengua; pero estaban todos tan mojados, tan llenos de fango y lodo, que no podían entrar sin llamar la atención. Adelantóse solo el P. Joaquín Suarez, casi el único que por no haber

caído de la mula se hallaba un poco más limpio y decente, á comprar ropa para todos sus demás compañeros, y aquí comenzó Dios á favorecer de una manera más visible á los atribulados viajeros. Desde luego se encuentra el P. con un caballero español antiguo amigo y penitente suyo, de toda confianza y que parecía cortado para aquellas circunstancias. Hecho sabedor de todo con el mayor sigilo encaminó al P. Suárez á un hotel decente y retirado, mientras él en persona hacía las compras necesarias. Luego dió aviso secreto á los Sres. D. José M. Mosquera y D. Vicente Hurtado, íntimos amigos de los PP. de Popayan, residentes á la sazón en Panamá, y he aquí á nuestros desterrados, rodeados de tres personas influyentes y capaces de prestarles todos los auxilios de que podían necesitar. Ya tarde entraron los Padres en la ciudad divididos unos de otros sin que nadie se apercebiera, y se alojaron todos en el Hotel á donde había sido conducido el P. Suárez. Tenía el Gobernador de Panamá noticia de su arribo? Se da por cierto que sí; pero D. José Obaldía que lo era, con el trato que tuvo con el P. Freire, y demás PP. del Colegio de Medellín en el río Magdalena, había depuesto sus preocupaciones contra los Jesuitas, y si lo supo no quiso darse por entendido del caso para evitar compromisos, ó acaso para no seguir cooperando á la persecución de unos hombres á quienes ya conceptuaba inocentes. Pudieron, pues, reponer tranquilamente sus fuerzas unos en el Seminario muy agasajados por su Director, sincero amigo de la Compañía, otros en el Hotel y otros, finalmente, á bordo del vapor Bogotá, que aguardaba la correspondencia del Atlántico para hacerse á la vela hacia el Sur, pero siempre y en todas partes usando de la mayor prudencia y cautela para no ser conocidos.

18)—No han concluido las peripecias de esta especie de fuga tramada y llevada á cabo por el Padre

18.—Compañeros de viaje

1850 San-Román tan á despecho de los liberales granadinos. Apenas embarcados se encontraron con un jóven en gran manera simpático: sus ojos vivos y su mirada ardiente revelaba el talento: sus maneras cultas al par que sencillas, su conversación sábia sin ningún género de afectación, sus juicios rectos, francos y bien fundados, la madurez en todas sus acciones, el lenguaje fácil y enérgico, mil relevantes cualidades que sin ningún estudio se manifestaban, como revelación espontánea de un alma grande y bien formada, llamaron mucho la atención de los PP. El jóven, por su parte, muy ajeno del imbécil respeto humano que tanto envilece á la juventud de estos tiempos, se mostraba no solo cortés y respetuoso con aquellos hombres que él no conocía aún, pero en cuyos modales y conversación descubría mucho más de lo que aparentaban sus trajes sencillos, modestos y bastante pobres, sino que les cobró cierto afecto como instintivo. Aquel jóven; ¡quién lo creyera! era el futuro restaurador de su patria, invicto defensor de los derechos de la religión católica, el grande amigo de Pío IX, el grande apoyo de la Compañía en el Ecuador, el hombre sin par entre los gobernantes de su siglo, el inclito mártir D. Gabriel García Moreno. Volvía el jóven García Moreno de su primer viaje á Europa, donde, según su historiador el Padre Berthe, «al recorrer la Inglaterra, Francia y Alemania estudió la situación política de estos pueblos, casi tan revolucionados como América, y en pleno desorden desde el cataclismo de 1848. Lo que más le chocó sobre todo en Francia fué el movimiento hácia las ideas religiosas consideradas como el único medio de salvación». No pudo menos de observar entre otros hechos que á su vista habían pasado, el que aquellos mismos Jesuitas que la revolución había tres años antes dispersado y expulsado, eran ahora llamados á porfía á cooperar á la reconstitución de

la sociedad desorganizada; mas apenas pisa el suelo americano tropieza con los jesuitas víctimas de los revolucionarios neo-granadinos, que se dirigen al Ecuador, donde son vivamente deseados. Estos hechos antitéticos hieren las fibras del corazón eminentemente cristiano y patriótico de García Moreno y, como dice el historiador antes citado, le lanzan inmediatamente al campo de batalla, á pesar de las resoluciones que había tomado. Era ya el amigo de los PP. desterrados, y se sentía feliz con tal encuentro porque comprendía todo el bien que de él se seguiría á su patria: veámosle ahora comenzar la lucha en defensa de sus nuevos protegidos.

Al tocar el vapor en el Puerto de la Buenaventura ven venir en un bote muy empavesado un personaje acompañado de algunos militares: sube sobre cubierta y se encuentra cara á cara con todos los Jesuitas expulsos de Popayan: lánzales una mirada de tigre y se desentiende de ellos con el corazón ardiendo en saña. Era el famoso demagogo Obando, el verdugo que traía sacrificadas hacía dos meses aquellas víctimas, que tan á duras penas y á costa de mil sufrimientos acababan de evadirse de sus injustas vejaciones. El mal hombre, viéndose chasqueado y frustrados todos los manejos que había puesto en juego para llevar á cabo su nefario intento, el de alejar á los Jesuitas del Ecuador, jura no dejarles desembarcar en Guayaquil. Sábelo García Moreno y determina trabajar con todas sus fuerzas para llevar á los Jesuitas á Quito: he aquí en lucha á los dos contendientes; quién triunfará? Ciertamente las circunstancias parecían favorecer á Obando. Hallábase en aquella sazón el Ecuador dividido en dos facciones, encabezada cada una por un Jefe Supremo, resultado de las últimas luchas electorales. Mandaba en Quito legítimamente D. Manuel Ascásubi, Vice-Presidente de la República, hombre recto, ardiente patriota, y cuñado de García Moreno.

1850 D. Diego Noboa, anciano de muy buenas ideas religiosas y políticas, había sido proclamado Jefe Supremo de Guayaquil en una sublevación militar, promovida por el revolucionario Urbina, á quien podríamos apellidar el Obando del Ecuador, y ya se vé, aquel tenía que guiarse por la dirección de este hombre malvado: con él contaba Obando para salir con su intento, y él era el que traía preocupado á García Moreno y más aún á sus protegidos. El 4 de Agosto entró el vapor en la ría de Guayaquil antes de amanecer, y aún no había echado anclas, cuando ya García Moreno sorprendía al anciano Novoa en su lecho: tales cosas supo decirle y tales y tan delicadas teclas le tocó, y tal pintura supo hacerle de las ventajas generales y personales que se seguirían de la venida de los Jesuitas á la República, que antes de una hora ya habían estos desembarcado con la más explícita anuencia del Jefe Supremo, é inmediatamente fueron presentados por el mismo activísimo García Moreno al Ilmo. Sr. D. Francisco Garaicoa, Obispo entonces de aquella diócesis, quien los acogió con sinceras demostraciones de amor y alegría por los cooperadores que el Señor le enviaba: á cuatro de los PP. alojó en su propio palacio y á los restantes en el Seminario.

Fácil es concebir el despecho de Obando al hallarse por la mañana sin sus presos, y más al saber que se habían puesto ya tan á buen recaudo entrando en Guayaquil tan á gusto del Jefe Supremo, y siendo tan paternalmente acogidos por el Prelado diocesano. No hay duda; es este uno de los pocos casos en que los hijos de la luz se han manejado con mayor prudencia que los hijos de las tinieblas. Sin embargo, este primer triunfo de la actividad, energía é intrepidez de García Moreno no fué por el momento tan completo como se deseaba: Obando no se cruzó de brazos ni desmayó con aquella primera derrota: aunque él en persona poco podía hacer porque tenía necesidad de seguir en

1850 aquel vapor que le llevaba al Perú con el destino de encargado de negocios de la Nueva Granada, dejó la comisión al que desempeñaba éste mismo destino en el Ecuador, y es de creer que se entendería con su amigo Urbina. El empleado Neogranadino presentóse en nombre de su Gobierno pidiendo se prohibiese á los Jesuitas la entrada en el Ecuador; mas el Jefe Supremo respondió con dignidad que por una parte la petición era tardía, y que por otra el Ecuador no tenía por qué mezclarse en las contiendas políticas y religiosas de la Nueva Granada. No obstante, Noboa quedó no poco intimidado y aunque veía la injusticia de la petición, resolvió á lo menos no permitir que los Padres se internasen en la República. He aquí un nuevo obstáculo para la realización del plan de establecimiento de la Compañía, pero Dios lo tenía determinado y habían de cumplirse sus designios: veamos cómo. El Ministro Plenipotenciario de S. M. C. residente á la sazón en Guayaquil, creyóse ofendido del Jefe Supremo por no permitir que aquellos súbditos de España á quienes ningún crimen podía probarse, pudiesen libremente andar, entrar y salir en una nación amiga, como lo exigían las buenas relaciones internacionales. Quiso elevar una protesta y entablar juicio conforme á las leyes del derecho de gentes; mas los PP. con la confianza que le tenían por haber sido alumno suyo en el Colegio Imperial de Madrid, le suplicaron se abstuviese de dar aquel paso. Sabida por Noboa la conducta de los Jesuitas en aquel negocio, del cual no podía esperar saliese muy bien librada su autoridad, quedó tan prendado y agradecido, que desde entónces se profesó su amigo y les prometió trabajar en la próxima convención ó legislatura por su admisión legal, y lo cumplió. Los PP. entre tanto habían comenzado á ejercer sus ministerios y se habían captado el amor de toda la ciudad. Venían cartas y representaciones de Quito y otras ciudades pidiendo

1850 se dejase á los Jesuitas en libertad para poder internarse hasta la Capital: el entusiasmo de toda la República con sólo la noticia de la presencia de los Jesuitas era indescriptible: el Vice-Presidente Ascásubi y el General Elizaldi, antagonista de Noboa, protegían abiertamente á la Compañía: habría sido, pues, sumamente impolítico y muy perjudicial á sus aspiraciones á la Presidencia el resistir más tiempo: doblegóse el medroso Jefe Supremo, y dejó libres á los PP. para que pudiesen marchar á donde fuera de su gusto.

Después de tres meses de detención en Guayaquil marcharon á Quito la mayor parte de los PP., quedando en la ciudad, según las instrucciones del P. Blas, una pequeña residencia. Con el auxilio de los nuevos compañeros pudo este poner en práctica su plan tan deseado, es decir, concentrar en la capital del Ecuador á todos los PP. y HH. que antes habían pertenecido á las dos casas de Popayan y á la de Pasto. Al efecto hizo venir de Ibarra á los jóvenes estudiantes y novicios y establecidos en un edificio cómodo aunque provisional, organizó aquella nueva comunidad, los estudios, el noviciado, los ministerios, todo según el rigor de la disciplina religiosa usada en los Colegios de la Compañía. A quien no conozca el carácter ecuatoriano acaso parecerá exagerada la relación de lo que nos queda por escribir, pero hay que saber que pocos pueblos habrá en el mundo tan decididamente entusiastas por todo lo que toca á la religión como el del Ecuador. Conservábanse muchas tradiciones de tantos varones apostólicos como habían evangelizado las incultas regiones que bañan el Napo y el Marañón, de tantos sabios como ilustraron sus escuelas, de tantos misioneros como recorrían los pueblos y ciudades del antiguo Virreynato de Quito. Un gran templo cuyas bóvedas, columnas y paredes estaban cubiertas de oro y púrpura brillaba ante sus ojos publicando la magnificencia con que los antiguos Jesuitas tributaban á

Dios el culto que le es debido: las reliquias de la Azucena de Quito, de la insigne Virgen Mariana de Jesus, próxima á ser elevada al honor de los altares, descansaban en ese mismo grandioso templo á donde ella iba á recibir las lecciones de santidad que la colocaron en el número de las vírgenes que venera la Iglesia... todo esto se recordaba y parecía comenzarse á renovar con el ejemplo de la nueva comunidad y con las elocuentísimas predicaciones de los PP. Blas, San-Román y Suárez y con el tesón y celo de todos en el ejercicio de los ministerios. Atendidas, pues, estas circunstancias unidas al carácter que distingue á los Ecuatorianos, nadie extrañará el ardoroso anhelo con que se esperaba el momento de ver legitimada por la Convención la existencia de los Jesuitas en la República.

19) —Estaba reunida la Asamblea constitucional y se ocupaba pacíficamente en la reforma de la Carta fundamental, para elegir enseguida al Presidente. Ambos importantísimos asuntos estaban ya despachados á fines de Febrero. Había ya tomado posesión del mando D. Diego Noboa elegido casi por unanimidad y á gusto de la Nación que ó ignoraba ó no se fijaba en que á la sombra de aquel buen anciano se ocultaba el genio maléfico de Urbina. Era ya tiempo de entrar á tratar negocios particulares y el que se esperaba con más ansiedad era el de la admisión de la Compañía. Habían precedido entre otras muchas representaciones dirigidas al Congreso con este fin las del Vicario Capitular, *Sede vacante*, D. José M. Riofrío, y las de los Ilmos. Obispos de Guayaquil y Cuenca, y la comisión de negocios eclesiásticos por el órgano del Señor D. Tomás Aguirre presentó su informe en 5 de Marzo de 1851. El documento es muy interesante, mas por su larga extensión nos contentaremos con dar solamente una idea de él; comienza así: «No hay acaso un negocio que tenga en más expectación á los Ecuatorianos,

19.—La Convención y los Jesuitas. 1851.